

Historia de amor del rey Al Mutamid e Itimad



Cuenta la leyenda que a Al Mutamid, el rey taifa de Sevilla que reinó de 1069 a 1090, se enamoró de una esclava.

Al rey poeta, como lo conocían los sevillanos, le gustaba de pasear por la ribera del Guadalquivir junto a Aben Amar, amigo y consejero. Una tarde, paseando junto al Puente de Barcas que une la ciudad de Sevilla con Triana, se detuvieron a contemplar el río. Al Mutamid se sintió inspirado y recitó unos versos con la intención de que su amigo los continuara.

**La brisa convierte al río
En una cota de malla...**

Aben Amar, aunque escritor y poeta no es buen improvisador y piensa en ello, pero no encuentra el modo de acabar la estrofa.

De pronto, a sus espaldas una voz femenina bien timbrada con perfecta entonación y dicción, declama:

**Mejor cota no se halla
Como la congele el frío.**

Sorprendidos, se vuelven para ver quien era la que con tanta inspiración había completado la estrofa. Vieron a una joven descalza que llevaba un burro por el ronzal y que sin hacerles caso se dirigió a Triana por el Puente de Barcas.

El rey encargó a su amigo que se enterara de quien era y a quien pertenecía la muchacha. Aben Amar la siguió y descubrió que la bella joven se llamaba Itimad de Romaiquía, porque era la esclava de un alfarero de Triana llamado Romaicq.

Aben Amar negoció la compra de Itimad con Romaicq, pero este se la regaló al rey aduciendo que era una chica perezosa y soñadora y no hacía bien su trabajo.

Tras llegar a palacio (lo que hoy es el Alcázar), Itimad cayó enamorada de Al Mutamid del mismo modo en que éste se enamoró de ella. Ambos compartían el gusto por la poesía y las letras y Al Mutamid no tomó a ninguna otra esposa, aun permitiéndoselo su religión.

Cuenta la leyenda que Itimad dio muestras de melancolía, se acordaba de Triana y tenía ganas de pisar el barro como cuando fabricaba ladrillos y tejas para el mercader Romaicq.

El rey para no verla triste llenó el patio del Alcázar con barro perfumado con todas las especias y aromas que pudo encontrar en su reino. Itimad disfrutó jugando con sus doncellas, amasando con los pies el perfumado barro al igual que lo hacía de niña en Triana.

El rey Al Mutamid destacó por sus dotes como poeta y por su pasión por las artes y la cultura, por eso precisamente se quedó sin reino; Lo perdió al abrir las puertas de Sevilla a Yusuf quien lo desterró a Marruecos.

Los sevillanos despidieron a Al Mutamid e Itimad entre lágrimas a la orilla del río Guadalquivir, cuando partía para el destierro. Las mujeres se quitaron el velo del rostro y se lo arañaban en señal de dolor.

Itimad acompañó a su marido siempre, no sólo durante los años de esplendor, sino también en su destierro. La reina de nuevo volvió a vivir en la miseria como cuando era la Romaiquía de Triana, una simple esclava.

Invisible a mis ojos, siempre estás presente en mi corazón.

Tu felicidad sea infinita, como mis cuidados, mis lágrimas y mis insomnios.

Impaciente al yugo, si otras mujeres tratan de imponérmelo, me someto con docilidad a tus deseos más insignificantes.

Mi anhelo, en cada momento, es tenerte a mi lado: ¡Ojalá pueda conseguirlo pronto!.

Amiga de mi corazón, piensa en mí y no me olvides aunque mi ausencia se larga.

Dulce es tu nombre. Acabo de escribirle, acabo de trazar estas amadas letras.

(Fuente: Tradiciones y Leyendas Sevillanas. José María de Mena)

